

«SI NO SOÑAMOS, ESTAMOS MUERTOS»



Kilian Jornet

**LA FRONTERA
INVISIBLE**

now

Portadilla

Kilian Jornet

LA FRONTERA INVISIBLE



Imagen

Créditos

Título original: *La frontera invisible*

Primera edición: noviembre del 2013

© de esta edición:

Ara Llibres, SCCL

Corders, 22-28

08911 Badalona

Tel. 93 389 94 70

www.arallibres.cat

© 2013, Kilian Jornet

© 2013, Joan Lluís Quilis Sarsanedas, por la traducción

Diseño de la cubierta: Pol Millieri (www.millieri.com)

Fotografía del frontal: Sébastien Montaz

Fotografía de la contra: Kilian Jornet

Fotografías del pliego interior: Kilian Jornet

Fotocomposición: Infillibres, S.L.

ISBN DIGITAL: 978-84-15645-28-3

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

Dedicatoria

A los maestros.

*A los que no tienen miedo
a fracasar,
a buscar,
a perderse,
a soñar,
a abandonar la comodidad,
a ser ellos mismos,
a encontrar.*

*A los que no tienen miedo
a vivir.*

Nota del autor

NOTA DEL AUTOR

La historia que voy a contar a continuación cabalga entre la realidad y la ficción. La primera parte, concretamente los dos primeros capítulos, está basada en hechos reales. La expedición al Himalaya está inspirada en una experiencia que viví en el invierno de 2013, en las montañas de Nepal, con dos compañeros (Jordi Tosas y Jordi Corominas). Los personajes, sus historias y la persona a quien va dirigido el libro son fruto de mi imaginación.

1. Sobre las nubes

1

SOBRE LAS NUBES

«Sin sombra no hay luz, y sin luz no hay
sombra.»

SYLVAIN TESSON, *Dans les forêts de Sibérie*

Cap. 1

De niño, creía que nada podía pasarme; aún no conocía el dolor. Y, sin darte cuenta, vas jugando (al escondite inglés, a decidir los estudios, a independizarte, a tener coche, a echarte novia, a pagar una hipoteca, a trabajar, a tener esposa, a tener hijos, a ser responsable...), y un día, de repente, sin pedírselo a nadie, te haces mayor. Te levantas, vas a lavarte la cara y, al mirarte al espejo, ves que eres adulto.

Quizás es por miedo a que la nieve borre las huellas que dejaré detrás de mí, si no soy capaz de volver, por lo que he sentido la necesidad de poner en negro sobre blanco mis pensamientos. O quizás, desconfiando de mi memoria, quiero contarte lo que mis ojos ven para no olvidar detalles al volver. O quizás es que la perspectiva de un mes y medio sin electricidad y, por lo tanto, alejado de las distracciones que me permiten los juguetes de la tecnología, me ha hecho llegar a la conclusión de que escribir este cuaderno va a ser el entretenimiento más emocionante que puedo encontrar.

Es un cuaderno Moleskine, de tapa dura, de trece centímetros de ancho y veintiuno de largo, con 240 páginas de aquel tono amarillento casi imperceptible que tiene el papel reciclado. Lo he comprado en el aeropuerto de Ginebra. Mientras esperaba el vuelo QR 325 en dirección a Katmandú, estaba curioseando por las tiendas de la zona de

tránsito y he entrado a una librería a hojear sus libros y revistas. Era el único cuaderno rojo en un estante de libretas negras; de distintos tamaños y grosores, pero todas negras. ¿Por qué he elegido la roja? Quizás para mostrar que, pese a mi timidez, me gustaría ser comunicativo. Quizás por la bandera del país donde entraremos clandestinamente. O quizás porque era la única libreta roja y, debido a mi vena *punk*, inconscientemente he recordado uno de los libros que más me marcaron de joven, *Kiss or Kill*, de Mark Twight: «Cuando miras a tu alrededor y estás rodeado de gente en tu camino es que algo estás haciendo mal.» Guardo el cuaderno en el bolsillo superior de la mochila, con un boli Bic y un lápiz de minas, para cuando el frío congele la tinta del bolígrafo.

¿Es coraje o cobardía lo que siento? Estoy nervioso, expectante, esperando embarcar al avión, deseando bajar a Katmandú y partir hacia las montañas. Pero también estoy impaciente por regresar, para encontrar lo que dejaré tras de mí. ¿Es coraje por enfrentarme a esas montañas desconocidas, dejar lo que conozco a la perfección y ejecuto con excelencia? ¿O es cobardía al huir de las cosas conocidas y que están adquiriendo unas dimensiones que por un lado me espantan y por el otro admiro y temo todavía más perder, y pensar que mientras esté lejos de ellas permanecerán allí esperándome en el mismo estado en que las dejo, en ese punto en el que están en su máximo esplendor, demorando el momento en que, siguiendo su curso natural, empiecen su ocaso?

Me gustaría explicarte esta historia desde el principio, pero no sabría por dónde empezar; supongo que, como todas las historias, la mía no tiene un principio ni un final, sino que la tomas en un punto, te cruzas con ella un día y, sin saberlo, aquello se convierte en tu historia, o a veces solo la acompañas durante un tiempo, antes de engancharte a

otra historia. Alguna vez buscas las historias, otras veces las creas, en ocasiones te las encuentras casi terminadas y, de vez en cuando, te tropiezas con ellas. No sabría decirte ni cómo ni cuándo esta se convirtió en mi historia; si solo han sido hechos puntuales que han ido sucediéndose en el tiempo y el espacio, como gotas de agua que caen sin orden ni concierto en el parabrisas del coche con la lluvia y que un día, visto con perspectiva, podré hallar en ellas una relación, o si esta historia es ya un hilo ya tejido del que he ido tirando y que me ha conducido hasta hoy.

Hay personas cuya vida es una línea continua, con sus altibajos, pero continua al fin y al cabo. Hay personas que viven a base de hechos que van sucediéndose sin una coherencia evidente y personas cuya vida es un instante. Esta es, con toda probabilidad, la anatomía de mi instante.

¿Sabes? Me gustaría terminar esta historia diciendo «y desapareció, como desaparece el sol al ponerse tras las montañas en una calurosa tarde de agosto en los Pirineos», pero eso no ocurre nunca, las cosas son siempre más complicadas. Empezaré a contarte esta historia, mi historia, desde el día que descolgué el teléfono para marcar el número de Stéphane. Mientras sonaba la melodía de espera al otro lado de la línea, mi inquietud se acrecentaba. ¿Cuelgo? Stéphane era, y es todavía, mi ídolo. Cuando empecé con eso de correr y esquiar por la montaña con un número pegado en la pierna, él era Dios. Él era no solo el número uno en todas las competiciones, sino que además era carisma, era personalidad, era la técnica sublimada a la perfección de cada movimiento, y era la táctica más adecuada para cada carrera. Mientras los otros compañeros de instituto forraban sus carpetas con fotos del Che, Bob Marley, Springsteen o algún jugador del Barça, mi carpeta estaba presidida por una foto suya.

Llevaba años retirado de la competición y ahora era yo quien dominaba las competiciones que él había grabado con su nombre y quizás era mi foto la que forraba la carpeta de algún muchacho de un instituto, pero él seguía siendo Dios. Mientras pensaba si había sido demasiado atrevido marcando el número de Dios, desde el otro lado del teléfono sonó una voz:

—¿Allô? ¡Hola! ¿Cómo va todo?

—Bien, bien; la temporada ya está terminando, pero todavía hay mucha nieve en la montaña y puedo hacer buenos entrenamientos... Y a ti, ¿cómo te va?

—Mira, voy tirando; el invierno ha sido muy bueno, no me puedo quejar de las salidas que he hecho los fines de semana. Estos meses he tenido mucho trabajo; eso de ser comercial te obliga a realizar muchos kilómetros en coche y pocos sobre los esquís...

—Estuve hablando con Pierre y me dijo que llevas años intentando engañarlo para hacer la travesía del macizo del Mont Blanc con esquís... ¿Todavía lo tienes en mente?

Y así, con pocas frases, empezó una época en que hablábamos a través de las líneas que dibujábamos en los mapas, a través del viento que nos estiraba la cara mientras entrenábamos para reconocer algún tramo de la ruta o del sudor que nos secaba la piel cuando hacíamos la larga travesía de Aravis. Así, pasó de ídolo a mentor. Y a través de los silencios, los silencios de las palabras calladas en una arista rocosa un día de viento, los silencios de los ojos observando un mapa, los silencios de la fuerte respiración culminando una cima..., a través de los silencios, se convirtió en amigo.

Ídolo, mentor, amigo; Dios y yo enfilamos corriendo las calles de Les Contamines, en el extremo más occidental del macizo del Mont Blanc, con los esquís y la mochila a cuestas, una medianoche de primeros de junio, bajo un cielo opaco, donde la luna no estaba invitada y las estrellas irra-

diaban luz iluminando cada cristal de hielo de los gigantes blancos que nos aguardaban.

El proyecto consistía en cruzar sin detenernos todo el macizo del Mont Blanc de oeste a este, en toda su longitud, por su cresta, culminando sus cimas principales, equipados solamente con nuestros esquís ligeros y una mochila que contuviera un par de barras energéticas, un piolet, unos crampones, una chaqueta y medio litro de agua.

Avanzar. La respiración fuerte acompañaba el ritmo metronómico del *crec-crec* de los esquís al quebrar la fina capa de nieve que se había congelado durante la noche, mientras íbamos ascendiendo por el glaciar en dirección a Les Dômes de Miage, bajo la serena mirada de las estrellas como quien observa a dos animales salvajes intentando pasar lo más desapercibidos posible por las calles de una gran ciudad cuando todo el mundo ya ha bajado las persianas de sus hogares. La noche era oscura y solo la luz de las estrellas sobre el manto de nieve nos permitía gozar del inmenso espectáculo de una noche rodeados de esas cumbres blancas. Delante, detrás, a ambos lados, las paredes de nieve y hielo poblaban nuestras pupilas, la belleza de una naturaleza adormecida penetraba en nosotros por todos nuestros sentidos. El tacto crujiente de la nieve, el olor a pureza del aire fresco, helado. El silencio, que nos hacía sentir como si estuviéramos acariciando suavemente el cuerpo desnudo de una diosa inmersa en un sueño profundo.

El despertar del día, con un alba que pintaba el cielo de tonos verdes y rojos, nos sorprendió destreando la cresta de roca y nieve que conduce de Les Dômes de Miage hacia el puerto de Miage, unos cientos de metros más abajo. Nuestros cuerpos se movían con fluidez entre la roca y la nieve,

buscando, y encontrando unas veces con mayor facilidad y otras con más dificultad, el paisaje más sencillo entre los bloques de roca escondido bajo un profundo manto de nieve. Sin detenernos al cruzar el puerto, empezamos a ascender por las rampas de nieve que, inclinándose cada vez más, nos conducían a la arista de roca que teníamos que escalar para llegar, casi mil metros más arriba, a la cima de la estética Aiguille de Bionnassay. El pico es una arista afilada como la hoja de un cuchillo que apunta al cielo, que dibuja unas curvas perfectas, a derecha e izquierda, y aparece de nuevo más adelante por la derecha, en un determinado punto, a 4.052 metros de altitud, deja de subir, como extenuada tras trazar tantas curvas en el cielo, y empieza a bajar en dirección opuesta. La arista, en su vertiente norte, alberga grandes cornisas que se precipitan al vacío sobre una inclinada pared de roca y hielo azul. Fue al dejar atrás la última rampa de nieve y empezar a buscar nuestro camino entre la roca cuando el sol hizo acto de presencia, asomando tímidamente la cabeza por el este, sobre la larga cadena de montañas que se extendían en el horizonte hasta donde nuestra vista era capaz de alcanzar. Su luz dorada iluminaba la nieve con tonos rosas y amarillos que parecían extraídos de una acuarela de Van Gogh; nos pintaba los rostros y las manos descubiertas de un color anaranjado, otorgándonos una fuerza descomunal, de salud, de alegría. En aquel momento, nos sentíamos invencibles. Estábamos en el lugar perfecto, en el instante preciso, y la cotidianidad del ciclo que el sol recorre todos los días alrededor del planeta tenía, en aquel instante, el poder de convertirnos en seres únicos en el mundo.

Cuando veo salir el sol escalando una montaña, puedo admirar todo su proceso, siempre inalterable, desde el negro a los tonos verdes, de los tonos verdes a los rojizos, de ahí a los primeros rayos de luz que despuntan hacia el cielo y van descendiendo hasta tocar el rostro, con aquel mínimo

calor que lo transforma todo, que ilumina y te hace sentir vivo, un instante breve pero precioso. Debo reconocer que siempre siento que aquella salida de sol es especial, mágica, que en su proceso contiene algo que no logro descifrar y que me vuelve loco, que quizás es por ello por lo que regreso a la montaña una y otra vez, para intentar descubrir cuál es esa fuerza desconocida que me arranca desde mis entrañas esas palpitaciones de totalidad. Y me cuesta admitir que, pese a este sentimiento, la pereza me retiene siempre en la cama mientras el sol despunta y, una vez en pie, con el sol gobernando ya el cielo, me invade la sensación de haber perdido una parte importante, esencial, de lo que habría podido hacer, del día que, por desgracia, ya no forma parte del futuro, sino que en parte ya es sino del pasado. Es por ello por lo que siempre me maravillo más ante una salida de sol que viendo cómo se esconde al anochecer.

La arista de roca era más complicada de lo que parecía en un primer momento; después de intentar sin éxito subir directamente por un espolón de roca, encontramos una vira que nos conducía entre láminas de roca y nieve dura a la cara norte, hasta una estrecha *goulotte* de nieve y hielo. Ahí la cosa se ponía interesante. Entre interesante y peligrosa, en el punto justo de poder expresarse al máximo con las herramientas de las capacidades técnicas y físicas que hemos aprendido y el peligro de saber que no existe el derecho al error, que no existe una segunda oportunidad. No era una *goulotte* muy inclinada, hay que decirlo, y siempre se podía encontrar un poco de nieve dura entre el hielo azul. Con un par de piolets y unos crampones de acero la hubiéramos cruzado paseando. Pero evidentemente no llevábamos dos piolets (teníamos uno de aluminio cada uno) y los crampones eran de aluminio. Empezamos sigilosos probando cada paso, observando el hielo y la nieve, así como la solidez de la roca, desconfiando de nuestras herramien-

tas metálicas, y primero con timidez y en seguida sin correr pero a buen paso, fuimos ascendiendo por el estrecho río de hielo y nieve que se escapaba por encima de nuestras cabezas, con una mano sosteníamos el piolet y con la otra nos agarrábamos metiendo un par de dedos en el agujero que excavábamos en paralelo al punto donde estaba clavada la hoja del piolet. Al cabo de una hora, y con la dificultad de ir abriendo traza hasta media pierna, salíamos a la cumbre de la Aiguille de Bionnassay y empezábamos a deslizarnos hacia abajo con los esquís jugando con las formas de la afilada arista. Solo nos quedaban mil metros para coronar el pico del Mont Blanc, el techo de los Alpes, el centro del alpinismo, a cuyos pies nació esta pasión por lo que estamos haciendo; un lugar donde generaciones de alpinistas han soñado con ascender por esas paredes, por las rutas más fáciles durante el siglo xvii, por las aristas más impresionantes durante el xix, y por las paredes más difíciles, con esquís, escalando, con parapente, corriendo o de las formas más inimaginables durante el siglo pasado. Los pueblos a sus pies, Chamonix y Courmayeur, han sido cuna de los alpinistas de más renombre. Franceses e italianos. Ingleses, americanos, escandinavos, alpinistas de todas partes han acudido a sus pies, para descubrir los secretos de su roca antes de emprender el vuelo hacia las montañas más lejanas. Es entre estas aristas donde Lionel Terray descubrió lo que realmente somos quienes vivimos entre mapas y soñamos con cumbres afiladas y tituló un libro con la mejor frase de la historia: *Conquistadores de lo inútil*. Porque escalar picos no sirve de nada desde la perspectiva mercantil que rige el mundo de hoy en día, en lo alto de las cumbres no encontramos nada material, pero en cambio desde el punto de vista espiritual lo encontramos absolutamente todo. Y era por todo ello por lo que realizar esa primera travesía *non stop* de su macizo era un paso necesario, incluso mitológico, antes de salir a explorar nuevas montañas.

Habíamos subido el Mont Blanc varias veces en los últimos días y estábamos bien aclimatados. Nuestro tándem recorría las aristas que culminan el macizo, en momentos con mayor dificultad, sintiendo el peso de los pies, pero en otros con la fuerza del viento, corriendo por las aristas como los niños que juegan en el patio de su casa, infatigables, sin noción del tiempo ni el espacio, solo con la sonrisa de la felicidad del instante presente.

Cima del Mont Blanc. A mediodía, con el sol vertical encima de nuestras cabezas y un fuerte viento que nos golpeaba en la cara. Nos encontrábamos en el punto más alto, que al mismo tiempo constituía el ecuador de nuestro periplo. Pese a ello, todavía nos quedaban más de tres mil metros de subida y cinco mil de bajada; desde lo alto, todo parecía más fácil, era cuesta abajo. Para empezar, ¡teníamos ante nosotros dos mil metros de descenso! Dos mil metros para gozar de la adrenalina de la velocidad de los esquís deslizándose sobre la nieve, dos mil metros para disfrutar de los movimientos del cuerpo danzando contra las fuerzas centrífugas, centrípetas y de la inercia, dos mil metros para disfrutar de la sonrisa de un amigo que está cumpliendo sus deseos.

Y abajo, después de la excitación de un largo y feliz descenso, nos aguardaba un duro golpe. El calor. No por deshidratarnos o darle más sufrimiento a nuestros cuerpos, sino porque ablandaba la nieve a gran velocidad. La nieve dura y el hielo que nos habían acompañado hasta entonces se transformaban, a marchas forzadas, en una masa que solo podía compararse con los montículos de hielo que encontramos en la pescadería de cualquier supermercado. Y con la nieve húmeda, mientras ascendíamos por el glaciar de Talèfre hacia el paso de Les Droites, a ambos lados del valle, coladas de nieve y pequeños aludes hacían su aparición cada vez con mayor frecuencia. Frente a nosotros, una